

MIGUEL SALABERRIA

ERA yo un arrapiezo, cuando allá en la vieja y hoy arrinconada calle de la Trinidad (antes San Telmo'kalia, hoy 31 de Agosto), me acercaba en unión de otros *dilettanti* del mismo calibre que yo, a escuchar las filigranas de una improvisada banda de tamborileros, que en modesta vivienda de aquella vecindad, ensayaba para las próximas fiestas carnavalinas.

El director de aquella banda era Miguel Salaberría; los chistularis, tres entusiastas *errikošemes* que no daban paz a labios, dedos y pulmones, ante la perspectiva de ofrecer un nuevo atractivo a las expansiones donostiarras.

Aquello fué para mí como un símbolo. Creí ver en los tres filarmónicos *jošemaritarras* la representación de tantos jóvenes de la vieja ciudad de las *koškas*, que en la sucesión de los tiempos se han ufano por disponer esas fiestas populares, en que se fundía el alma del pueblo, estrechando con el noble vínculo de amor a la ciudad todas las manifestaciones particularistas, y constituyendo ese carácter alegre, jovial, expansivo y de amorosa confraternidad, que ha sido el rasgo y sello distintivo de los hijos de Donostia.

Salaberría, que en aquella ocasión actuaba de director de los noveles *chistularis*, ha venido desempeñando el mismo papel de enderezar las iniciativas de la juventud hacia el culto y veneración a las viejas tradiciones donostiarras. Ha sido el patriarca bondadoso, dedicado a mantener vivo el fuego de amor al espíritu *jošemaritarra*. ¡Lástima que en muchas ocasiones, un cosmopolitismo enervador vino a enfriarlo con su indiferentismo y su desidia insoportables! Pero jamás se amilanó Salaberría, y su optimismo insuperable, y su fe ciega en el ideal,

diéronle fuerzas y energías para perseverar hasta el fin en su nobilísima empresa.

Desde joven, desde niño, tomó parte en las fiestas populares del viejo Donostia; y cantando con Santesteban, y disponiendo comparsas con Tabuyo, y organizando espectáculos con Prol, fué el auxiliar insustituible de cuantos ofrendaban a las fiestas donostiarras el espontáneo impulso de sus generosas iniciativas.

Pronto el auxiliar se convirtió en único e insustituible director, porque si desgraciadamente pocos han conservado en sus pechos aquel ardiente entusiasmo heredado de sus mayores, ninguno llegó a superar ni a igualarle en su perseverante actuación.

Siempre prestó su concurso a cuantos propósitos se manifestaban en pro de las clásicas tradiciones donostiarras, pero cuando unidas las sociedades locales «La Fraternal» y la «Unión Artesana» iniciaron aquel resurgir *koškeru* que se manifestó en espléndidas cabalgatas, comparsas y espectáculos cuya fama traspasó las fronteras, entonces la cooperación de Salaberría fué más constante, más sólida y más eficaz.

El Excmo. Ayuntamiento al organizar sus fiestas populares, las sociedades locales, los autores noveles, todos buscaban a Salaberría para la ejecución de sus proyectos, y a todos atendía con aquella inagotable bondad y aquella ingeniosa actividad con que sabía dar cima a las más dificultosas empresas.

Las fiestas de las *Iñures*, Caldereros, Entierro de la Sardina, todos esos típicos e inocentes espectáculos que constituían el programa obligado de la vieja Donostia, tenían en él su intérprete más autorizado y más castizo. La dirección de las comparsas era de su exclusiva competencia, y bajo su mandato se celebraron las de Jardineros, Iruchulo o Marinera, de Habitantes de la luna, etc.

Su intervención alcanzó a la iniciativa de teatro lírico vasco señalada en nuestra ciudad; y al estrenarse la ópera *Pudente*, del genial Serafin Baroja, la *mise en scène* y la dirección escénica corrieron a cargo de Miguel Salaberría; otro tanto ocurrió al poner en escena el Iparraguirre, de Juan Guimón; y los autores de *Chanton Piperry* y *Anboto* contaron con su eficaz cooperación, lo mismo al estrenarlos en Donostia, como cuando se representaron en el ya destruído Teatro Arriaga, de Bilbao.

De fiestas populares marítimas, tanto en la bahía como en la ría de Loyola; de danzas, carreras y otros espectáculos genuinamente vascos, era Salaberría el obligado e insustituible organizador. En todas estas

empresas destacábase su competencia bien probada, y aquel carácter de atrayente bondad que sabía convertir el mandato en agradable sugestión.

Salaberria, con excelente criterio, comprendía que el alma del espíritu donostiarra era la esencia vasca que le vivifica y comunicaba su sér y sus energías; y Salaberria fué un vasco entusiasta, admirador de su raza, cultivador de su lengua, que era su habla ordinaria y corriente, y panegirista de sus buenos usos, costumbres y tradiciones.

Todas estas circunstancias le llevaron a formar parte del Consistorio de Juegos Florales Euskaros a poco de constituirse esta institución, y a ella ha venido perteneciendo hasta el término de sus días. Su gestión en dicha entidad ha sido digno de gran estima; y lo mismo cuando figuraba como vocal, que como tesorero y últimamente como presidente, su intervención fué siempre acertada y eficaz.

Últimamente una cruel y larga enfermedad le tenía retenido en casa, alejado completamente de la ciudad; pero en su domicilio se reunía el Consejo permanente del Consistorio, y entonces se convertía aquello en la ideal y soñada ciudad donostiarra, en que revivían todos los pasados sucesos que marcaron el sello especial y característico de la vieja Donostia.

¡Ha fallecido nuestro buen amigo Salaberria! Digamos más bien:
¡Ha fallecido el donostiarra!

Rogemos por su alma.

PERU JUANCHO